

EL CONTEMPORANEO.

Edición de Madrid.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redaccion, Administracion y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado) núm. 20, entre suelo.—También se suscribe en las librerías de Baillière-Baillière, calle del Príncipe, núm. 44; Cuesta calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid.—Sábado 12 de Julio de 1862.

PROVINCIAS.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administracion por una persona, ó enviándolo directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y Estranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Núm. 469.

ADVERTENCIA.

Reunido ayer el tribunal de imprenta, nos impuso una multa de DIEZ MIL reales. Respetando la cosa juzgada, nada diremos de la sorpresa que nos ha causado una condena por revolucionarios. Sentimos, como pueden figurarse nuestros lectores, el perjuicio material que nos irroga la sentencia que ponemos á continuación; pero sentimos todavía más la causa de la condena, porque mil veces hemos protestado y protestaremos contra los calificativos que cierta parte de la prensa nos regala gratuitamente. Nosotros no somos revolucionarios, no queremos la revolucion, sino que los gobiernos sepan evitar los males inmediatos que trae siempre consigo, marchando de acuerdo con la opinion pública.

Hé aquí la sentencia: «En la villa y córte de Madrid, á once de julio de mil ochocientos sesenta y dos, reunidos los señores designados al margen, para ver y fallar la causa seguida en virtud de denuncia fiscal contra D. Pedro Jacobo y Lopez, editor responsable del periódico titulado EL CONTEMPORANEO, acusado de haber cometido el delito previsto y penado en los artículos veintiseis, párrafo cuarto, y treinta y cuatro de la ley de trece de julio de mil ochocientos cincuenta y siete, por la insercion y publicacion en el número cuatrocientos cincuenta y siete de dicho periódico, correspondiente al día vinticinco de junio último, de un artículo de fondo que empieza con las palabras siguientes: «Imposible parece que haya todavía quien de buena fé sostenga que el abigarrado conjunto de individualidades», y concluye, «cuyo efectos desorganizadores nos aterran.» Visto, fallamos que debemos declarar y declaramos culpable al mencionado artículo, y en su consecuencia, con arreglo á los artículos citados de la ley de trece de julio de mil ochocientos cincuenta y siete, condenamos á D. Pedro Jacobo y Lopez en el espresado concepto de editor responsable, en la multa de diez mil reales y en las costas originadas, y mandamos se inutilicen los ejemplares que se hubieren recogido y dieron lugar á la denuncia. Así lo pronunciamos, mandamos y firmamos.—Antonio Burbano Navarro.—Julian Martinez Yanguas.—Patricio Gonzalez.—José Antonio de la Lera.—Pasasio Fernandez.—Remigio de Arispe.—Pedro José Vigil.—Es copia.—Pedro José Vigil.—Notificada el mismo día.

MADRID.

11 DE JULIO.

El vicalvarismo no conseguirá hacer la felicidad del país, pero consigue arruinar á EL CONTEMPORANEO á fuerza de multas y denuncias. Hoy tenemos que agregar diez mil realitos á la ya larga cuenta de favores que debe nuestro periódico á la situación. Con esto y con que dentro de ocho días se repita la broma, no hay mas que pedir, y probablemente se salvarán los intereses de la patria.

La prensa ministerial tiene derecho para decir todo cuanto se le anteje, sin correctivo de ninguna clase; pero nosotros aun no abrimos la boca nos la tapa el fiscal con una denuncia.

Verdad es que con denunciar á EL CONTEMPORANEO creen los hábiles gobernantes que está todo hecho, y que ni el orden público se altera, ni las gentes censuran al ministerio, ni la opinion se revuelve contra la conducta desacertada y torpe del vicalvarismo.

Pero se equivocan, porque por cada artículo escrito, que se recoge ó se denuncia, hay mil artículos hablados, que ni pueden denunciarse ni recogerse.

La mayor oposicion al gobierno no se la hacen los opositoristas en los periódicos, sino sus amigos en las calles.

El que quiera saber lo que es el gabinete, que se lo pregunte á un ministerial de esos que pertenecen á la fraccion A. ó B., como por ejemplo: para enterarse de las cosas del conde-duque, buscar á un amigo del Sr. Posada, y para enterarse de las cosas del Sr. Posada, á un amigo del conde-duque, y así respectivamente de los demás compañeros.

De manera que los ministeriales, que son opositoristas en secreto, cobran sueldos, y nosotros, que lo somos en público, pagamos multas.

En fin, si es cierto que la situación se propone acabar con la vida de algunos periódicos, no ha emprendido mala marcha, aunque como todo tiene sus dificultades, no dejará de tenerlas el propósito vicalvarista.

Dichoso el Sr. Posada Herrera, que se ha marchado á tomar aires despues de un largo Consejo de ministros, en que dice *La Epoca* que se examinaron varias cuestiones pendientes.

Probablemente estas cuestiones interesarán mucho al conde-duque y al Sr. Posada, porque si no mientan las crónicas, ambos personajes estuvieron á pique de andar á la greña, por quejas que sabrán ellos.

Si embargo, *La Epoca* esclama con la mayor buena fé del mundo: «Justamente el Sr. Posada Herrera es acaso el único de los consejeros de la corona que no puede provocar una crisis en el seno del gabinete.»

¿Conque el Sr. Posada es el único que no puede provocar una crisis? Esto, atendida la reserva de los periódicos ministeriales, quiere decir: los demás ministros las están provocando á cada momento.

Pero si el Sr. Posada no puede provocar crisis en el seno del gabinete, ¿quién le quita el que pueda provocarla fuera de su seno?

¿Que le pregunten al Sr. Isturiz lo que puede hacer el Sr. Posada!

Aquí lo que sucede es, que cada cual va por su camino, y lucha con su compañero á quien puede dar.

El Sr. Salaverria, metido en el vacío de sus recursos y de sus condiciones, de lo que menos se acuerda es de la política y de los intereses del país, sino de salir del paso con un sistema que es, como dice el proverbio, pan para hoy y hambre para mañana.

El Sr. Calderon Collantes tiene la mala fortuna de que ninguno de sus compañeros aprecie su habilidad diplomática y sus talentos especiales, de modo que como siempre quiebra la sogá por lo mas delgado, todos le sacrificarán sin el menor inconveniente.

Entre tanto, el conde-duque maneja el balancin, y á fuerza de equilibrios sostiene el tinglado de la situación, que á poco que se le empuje vendrá

al suelo, sin dejar mas rastro ni señales que las tristes consecuencias de su política desatinada.

Cuando la historia registre en sus páginas los actuales sucesos, parecerá mentira á todo el mundo que una situación como la vicalvarista haya arrastrado cuatro años de existencia, si bien lánguida y miserable, existencia al fin, en el manejo de los negocios públicos. Para apreciar debidamente la natural sorpresa que ha de causar ese espectáculo incomprensible, es necesario tener en cuenta las condiciones del vicalvarismo y los tristes hechos á que ha dado lugar su dominación funesta é infucunda.

Vendida esa fracción política al poder con aspiraciones que todos conocemos, y sin plan ni pensamiento fijo en ninguno de los negocios del Estado, tuvo además el poco tino de entregarse completamente á satisfacer los intereses particulares de un escaso número de defensores, y la cuestión de personas, sobrepuesta á la de principios, triunfó de todos los obstáculos y dominó por completo en las esferas oficiales. De esa falta de pensamiento político y de esa sobreabundancia de la importancia de tal ó cual personaje han nacido todos y cada uno de los compromisos, de los desaciertos y de los conflictos que rodean al gabinete vicalvarista.

¿Cómo ha de establecerse un poder fuerte y durable, que tenga condiciones de garantía, de orden y de acierto para el país, con los elementos que contribuyeron á formar la actual situación? Hombres arrancados á los diferentes partidos con dádivas ó con promesas, desertores de todas las fracciones, miembros dispersos de los grandes grupos políticos y personajes de esos que se alinean, pero que nunca se encasillan en las filas de la situación que manda, son los acogidos á la bandera levantada por el duque de Tetuan, quizá con muy buenas intenciones, pero desgraciadamente con muy malos resultados. Semijante agrupación heterogénea y rara, no podía producir otros frutos que los que está produciendo, fatales para la política, funestos para el país, y acaso de tristísimas consecuencias para las instituciones.

Cada uno de los distintos grupos, y aun cada una de las distintas personas que se apresuraron á inscribirse en la nueva secta, trataba y trata, como es lógico y natural hasta en los hombres de menos fé y menos creencias, de hacer triunfar dentro de la política vicalvarista los principios que ellos hasta entonces habían seguido, y de aquí resulta una lamentable confusión, en que ninguno se entiende y que imposibilita la buena marcha de los negocios públicos. Unas veces se adoptan soluciones progresistas, porque los progresistas influyen para ello; otras moderadas, porque influyen los moderados, y la mayor parte de las veces triunfa el espíritu de reaccion, porque es reaccionario el mayor número de los jefes del vicalvarismo. Con tal laberinto de ideas, con semejante falta de plan y de pensamiento fijo, que es lo que mas importa para seguir una política digna y conveniente, ha estado durante cuatro años el gobierno ofreciendo en el interior y en el exterior del país el espectáculo mas lastimoso que cuentan las historias parlamentarias.

Ninguna de las cuestiones interiores; ninguna de las cuestiones estranjeras, se ha resultado como se debía resolver, como la hubiese resuelto cualquiera de los partidos que luchan en el campo de la política, porque el gabinete ha tenido la mala fortuna de desagradar á todo el mundo, á progresistas, á moderados, á demócratas y absolu-

tistas, contentándose con los aplausos de unos cuantos defensores sin principios, sin doctrinas y sin la menor opinion sobre los negocios públicos, como que de la misma manera hubieran aplaudido al gobierno, si hubiese hecho lo contrario.

Esta falta de plan y de pensamiento político nos trajo la triste cuestión de Africa, y nos ha traído la de Méjico, y nos traerá acaso en el porvenir graves conflictos en la cuestión de Italia.

Por esa falta de plan y de idea de gobierno se comprometió la dignidad del país en aquellas deplorables notas dirigidas á la Gran Bretaña, y se han perjudicado los intereses y el decoro de la patria con las torpes instrucciones dadas al plenipotenciario y jefe del ejército español en Méjico. Por esa falta de plan y de idea de gobierno estamos indispuertos con el Piamonte, sin estar muy bien mirados por Roma, y nuestras relaciones no son seguras con Portugal, ni estrechas con Inglaterra, y quizá se hallan á punto de romperse con el vecino imperio. ¿Qué es lo que intenta el gabinete? ¿Le basta el aplauso del czar de Rusia y la aprobación del emperador de Austria? Ni siquiera á eso creemos que podrá aspirar, porque para conseguirlo, debería ser mas desenmascarada y mas esplicita su afición á las reacciones.

El vicalvarismo, pues, no tiene razón de ser, ni otra base en el país que el apoyo que le ha prestado alguna que otra persona importante, con intenciones dignas de respeto, pero apoyo que ya va desapareciendo, porque los personajes que en algo se estiman procuran huir de una situación á todas luces funesta para la patria.

Se dá por cosa segura la venida del general Serrano, añadiéndose á esta noticia la de que al Sr. Dulce se le ha prevenido por medio del telegrafo, á fin de que se disponga á salir para la isla de Cuba cuando el gobierno lo tenga por conveniente.

¿Si se llevará á Bugallal!!!

El Sr. D. Alejandro Mon, acompañado de su amigo el Sr. Miranda, deben salir de un momento á otro para Asturias.

Se habla de la refundición de dos periódicos ministeriales.

La multa de diez mil reales que se nos impuso ayer, es el *minimum* de la petición fiscal, que alcanzaba hasta dos mil quinientos duros.

Ayer fué recogido *El Eco del Ejército y la Armada*.

El eco del presupuesto no es recogido nunca.

El Pueblo observa que el nuevo corregidor de Antequera, es el mismo juez de primera instancia de Trujillo que ha entendido en el proceso de los demócratas de Villafranca.

Hace algunos meses pagó *El Glosar* una multa de cuatro mil reales, por haber copiado un artículo nuestro que condenó el tribunal de imprenta.

El artículo que ayer nos costó DIEZ MIL REALES, fué reproducido por varios periódicos del gobierno, sin que haya reparado en ello el señor Bugallal.

¿Cuánto podríamos decir sobre la igualdad ante la ley!

Son infinitas las quejas que se nos han dado sobre la manera con que los recaudadores de

contribuciones de Madrid cumplen su encargo. Como el tanto por ciento que se paga por cada apremio es infinitamente mayor que el tanto por ciento que puede percibirse por la cobranza, algunos maliciosos han dado en hallar en este hecho la causa de que los cobradores se incomoden tan poco, si es que algo se incomoda; y en consecuencia de esto, que sean tantos los apremios que se dirigen, y muchos de ellos á personas que nunca se han negado ni se pueden negar á satisfacer sus obligaciones. Dícesenos que son tan fundados estos cargos, que no faltará quien dentro de pocos días reclame energicamente ante la autoridad.

Dice *La Epoca* de anoche:

«El Sr. Posada Herrera estará en Madrid los primeros días de agosto. Cuantos rumores hallan hoy cabida en los diarios de oposicion sobre la retirada del ministro de la Gobernacion, son completamente infundados. Justamente el Sr. Posada es acaso el único de los consejeros de la corona que no puede provocar una crisis en el seno del gabinete.»

¿Y cuál es la causa de esta imposibilidad? ¿Consiste, por ventura, en sus antecedentes? Es decir, ¿estriba en que el Sr. Posada no quiere hacer en el ministerio O'Donnell el mismo papel que hizo en el que presidió el Sr. Isturiz, porque ya eso sería grave? ¿Proviene tal vez de que el Sr. Posada tiene además de la responsabilidad colectiva que alcanza á todos los ministerios, otra moral de mayor importancia por la parte principalísima que ha tomado en todas las resoluciones? ¿O es que ya ha provocado la crisis? De todas maneras, nuestro colega comprenderá que es indispensable que se aclare el misterio que envuelve su afirmación, pues nadie está tan interesado en ello como el Sr. Posada y sus amigos. ¿Quién puede calcular las suposiciones que con este motivo harán los maliciosos?

Sobre el ya famoso Consejo de ministros, de que hemos dado cuenta en nuestros números anteriores, refiriéndonos á otros periódicos, añade *El Reino* de anoche las siguientes noticias:

«Para suplir en parte algunas voluntarias omisiones, diremos hoy que el Sr. Posada Herrera, despues de soltar la idea de la disolucion del Congreso, y al ver como estaba el horno ministerial, que no era para recibir pasteles, ni en ningún caso el que tiene amasado y sublimemente preparado el señor ministro de la Gobernacion, hizo la declaración *heróica* de que todo el ministerio estaba muy gastado por varias causas, pero muy principalmente por los desaciertos cometidos en la cuestión de Méjico; que todos los ministros habían tenido la debilidad de consentir y aprobar tales desaciertos; algunos, y entre estos S. E., contra sus bien conocidas opiniones en la materia; y manifestó, por fin, el Sr. Posada que en su concepto había llegado la hora de que todo el ministerio presentase la dimisión á S. M.

No queremos entrar en comparaciones odiosas sobre la abnegacion y el patriotismo que respectivamente mostraron todos los señores ministros, aunque, segun nuestras noticias, hubo y hay entre algunos marcadísimas diferencias; pero diremos, para concluir por hoy, que el Sr. Posada Herrera es uno de los que, á última hora del Consejo, manifestó mayor resolución para dimitir su cargo, y que el señor Negrete parece que amenaza dejar el suyo desde luego, si no sale pronto del ministerio de Estado el Sr. D. Saturnino Calderon Collantes.»

No tenemos empeño en afirmar estas noticias, ni en demostrar su exactitud; pero es lo cierto que han cundido tanto y se dan por tan ciertas, que en una carta que publica un periódico de provincia, leemos lo siguiente:

«Lo cierto es que Negrete amenazó con su dimision, y que Posada parece tan resuelto á hacerla de nuevo, que no falta quien dice que su expedicion veraniega será el motivo con que se encubrirá su salida del gabinete. Afirmase que abandonará la córte y que no volverá al ministerio, lo cual se me hace duro creer, pues no comprendo su salida del gabinete, cuando es su verdadero sosten y su alma, por decirlo así. Si nada ni nadie pone obstáculos al Sr. Posada, ¿por qué

FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

52

LOS DRAMAS DE PARÍS

FOR

EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

SEGUNDA SERIE.—TERCERA PARTE.

EL TESTAMENTO DE GRANO DE SAL.

En el momento en que encontramos á sir John al lado del enfermo, hallábase este mas aliviado. Había recobrado toda su presencia de ánimo, y escuchaba al cirujano que le decía:

—Empiezo á tener esperanza, caballero. Pero una rápida mirada que al mismo tiempo dirigí á Andrewitch decía:

—Halago al herido con una esperanza de que participe.

Sir John continuó:

—Inmediatamente vais á pasar por una crisis nerviosa; tal vez volváis á delirar; pero no os apuréis: no será nada.

El conde sacó una mano, y la alargó al médico:

—Gracias, le dije, por haberme salvado. ¿Cómo podré manifestaros todo mi reconocimiento?

Y mirando al jóven de la tez aceitunada, le dije: —Y vos, caballero, que me asistís con tan tierna solicitud, ¿podré agradeceroslo?»

—Sí, señor, dijo sir John.

—De qué modo? preguntó el conde con un arranque de súbito agradecimiento.

Sir John hizo una seña, y Andrewitch salió del aposento.

—Señor conde, dijo el cirujano tomándole el pulso y consultando despues su reloj, el acceso de delirio que provee no se realizará hasta dentro de veinte minutos; podemos, pues, hablar.

La solemnidad con que sir John pronunció estas palabras impresionó al enfermo.

El cirujano prosiguió:

—Caballero, dijo el conde sintiéndose conmovido, yo no tengo nada que ocultar.

—¿Nada?

Y sir John articuló esta palabra con un tono singularmente espresivo.

El conde le miró sorprendido y alarmado.

Sir John prosiguió:

—Hay mas: un médico puede saber algunas veces mas que lo que se le confía.

El conde fingió una sonrisa que crispó sus pálidos labios.

—Sin embargo, creo que un médico no es un hechicero.

—No olvidéis, dijo sir John friamente, que soy amigo del baron de Neouborg.

El semblante del conde se contrajo de una manera espantosa.

—¡Cuidado! dijo sir John; vais á lastimaros.

El conde se calmó.

—Así, pues, lo sé todo.

Y sir John fijó una mirada de plomo en el rostro del conde.

—¿Lo sabéis... todo?

—Sí.

M. de Estournelle intentó vencer la audacia con la audacia.

—En ese caso estais mas adelantado que yo.... pues nada sé.

—¿De vos? exclamó sir John con una ironía que le causó escalofríos al enfermo.

—¡Diantre!...

—¿No habéis sido oficial?

—Capitan de dragoonas.

—¿De reemplazo?

—Sí; por deudas.

—¿No érais jugador?

—Eso no es un crimen.

—¿No encontrábais frecuentemente durante vuestras noches de orgía á un cierto Petrowitsch, ruso?

Los labios del conde se pusieron lívidos: un temblor nervioso se apoderó de su cuerpo.

—Y, continuó sir John; ¿no le propusisteis cierto pacto?

—¿Nunca!

—¿Algo como una declaración de defunción, falsa?

—Caballero, dijo; tranquilizaos: vuestra hija ten-

drá una parte de la herencia de la baronesa Renato.

El conde le miró dudando.

—Y si llegéis á morir, yo cuidaré de ella, y la amaré como un padre.

—Amigo mio, dijo sir John á Andrewitch; dejadme á solas con el enfermo.

Andrewitch salió del aposento.

—¡Ah! murmuró el conde; ¡conque estoy condenado á morir?

—No tal, puesto que respondo de vuestra curacion, dijo sir John.

—Pero si vivo.... seré pobre....

—Andrewitch hará algo por vos.

Temblóronle al conde los labios.

—Vivir para volver á la miseria: ¡tanto vale el morir!...

—¿He ahí una cosa que sería muy agradable á la condesa de Estournelle.

—¿El qué?

—Vuestra muerte.

Las miradas del conde relampaguearon.

—¿Qué sabéis vos? dijo.

—Lo sé.

—La condesa.... me ama!

—Espera que dejéis de existir para volver á casarse. ¿Pero cuidado! No os incorporeis! Se os va á abrir la herida!

—¡Casarse, casarse! dijo el conde; pero con quién?

—Con el que acaba de salir de aquí.

—¿Andrewitch!...

—¡Ah! ¡imposible, doctor! ¿Estais loco!...

—¿Sabéis dónde está la condesa?

—En Nantes.

—¿Os equivocáis! está en París, y aun mas; dentro de diez minutos se volverá aquí.

—¿Luego viene á verme?

—Sí; para convencerse de que os quedan pocos días de vida.

—¿Pero eso es espantoso, doctor!

—¡Justo! Pero es la verdad.

—¿Oh, infame mujer!...

—Dentro de algunos minutos lo sabreis todo.

Sir John se aproximó á una mesa sobre la cual había diferentes botellitas; tomó una de ellas, y volvió á aproximarse al herido.

—¿Qué hacéis? le preguntó este al verle verter al-

(Se continuará.)

